



Universum. Revista de Humanidades y
Ciencias Sociales

ISSN: 0716-498X

universu@utalca.cl

Universidad de Talca
Chile

Alburquerque F., Germán
LOS INTELLECTUALES LATINOAMERICANOS, LA GUERRA FRÍA Y LA REVISTA AMÉRICA LATINA
DE MOSCÚ (1976-1992)

Universum. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales, vol. 1, núm. 25, 2010, pp. 12-26

Universidad de Talca
Talca, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=65027768002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

RESUMEN

Este artículo analiza la revista *América Latina* de Moscú y la concibe como un producto típico de la Guerra Fría. La atención se deposita, específicamente, en los intelectuales latinoamericanos que colaboraron con la revista y en el discurso que elaboraron acerca de la contingencia política global. Se muestra cómo la condena al imperialismo norteamericano y la exaltación del pacifismo soviético se constituyen en las ideas centrales de dicho discurso.

Palabras clave:

Revista *América Latina* - Guerra Fría cultural - Intelectuales latinoamericanos - Unión Soviética.

ABSTRACT

This article analyzes the magazine *América Latina* of Moscow and understood it as a typical product of the Cold War, paying special attention to the intellectuals Latin Americans that collaborated with the magazine and to the discourse about the global political contingency that they produce. Demonstrates how the condemnation to the American imperialism and the exaltation of the Soviet pacifism are the central ideas of this discourse.

Keywords:

Magazine *América Latina* - Cultural Cold War - Latin American Intellectuals - USSR.

Los intelectuales latinoamericanos, la Guerra Fría y la revista América Latina de Moscú (1976-1992)
Germán Alburquerque F.
Pp. 12 a 26

LOS INTELECTUALES LATINOAMERICANOS, LA GUERRA FRÍA Y LA REVISTA AMÉRICA LATINA DE MOSCÚ (1976-1992)

Germán Alburquerque F. (*)

INTRODUCCIÓN

En la Guerra Fría, el dominio del área cultural generó desde el principio un combate encarnizado en el cual los intelectuales de los cinco continentes intervinieron directamente, dando vida a lo que se ha llamado la Guerra Fría cultural¹. Uno de los mecanismos de participación más frecuentes fue la publicación en (y de) revistas donde los intelectuales se manifestaron tanto a través del discurso escrito como mediante la publicidad dada a las actividades materiales que realizaban. En América Latina las revistas que se vincularon con mayor evidencia a la Guerra Fría fueron *Mundo Nuevo* y *Cuadernos* -ambas editadas en París por el Congreso por la Libertad de la Cultura (financiado por la CIA)-, *Casa de las Américas* y *Marcha*, entre otras².

(*) Doctor en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Artículo enviado el 17 de agosto de 2009. Aceptado por el Comité Editorial el 23 de marzo de 2010.

Correo electrónico: galbur@vtr.net

¹ Al respecto destacan Frances Stonor Saunders, *La CIA y la guerra fría cultural*, Debate, Madrid, 2001; y David CAUTE, *The Dancer Defects: The Struggle for Cultural Supremacy during the Cold War*, Oxford University Press, New York, 2003.

² Véanse: María Eugenia Mudrovcic, *Mundo Nuevo. Cultura y Guerra Fría en la década del 60*, Beatriz Viterbo Editora, Rosario, 1997; Olga Glondys, "Reivindicación de la independencia intelectual en la primera época" de *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura: I (marzo-mayo de 1953)-XXVII (noviembre-diciembre de 1957)*, Universidad Autónoma de Barcelona, 2007; Marta Ruiz Galvete, "Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura: anticomunismo y guerra fría en América Latina", en *El Argonauta Español*, 3, <http://argonauta.imageson.org/document75.html>, 2006; Horacio Machín y Mabel Moraña (eds.), *Marcha y América Latina*, Universidad de Pittsburg, 2003; Luisa Peirano Basso, *Marcha de Montevideo*, Javier Vergara, Buenos Aires, 2001; Ambrosio Fornet, "Casa de las Américas: entre la revolución y la utopía", en Saúl Sosnowski (ed.), *La cultura de un siglo. América latina en sus revistas*, Alianza, Buenos Aires, 1999.

Este trabajo aborda una revista considerablemente menos estudiada: *América Latina*, publicada en Moscú y en la cual los intelectuales latinoamericanos participaron de diversas maneras.

En concreto, la vinculación del intelectual latinoamericano con la revista implicó un pronunciamiento político que en el escenario de la Guerra Fría cobró connotaciones particulares. Este estudio pretende justamente esclarecer la forma en que el intelectual latinoamericano participó en la revista y determinar cómo esta participación supuso un apoyo, explícito o implícito, consciente o inconsciente, hacia una de las potencias en pugna, la Unión Soviética. *América Latina* supuso, además, un espacio de encuentro entre los intelectuales del continente y la gran potencia euroasiática, no solo para aquellos que militaban en los partidos comunistas -cuyos vínculos tenían larga data-, sino también para los que no adherían plenamente a la causa soviética, abriendo paso a un cierto pluralismo.

En la revista se plasmó un discurso que hacía un diagnóstico de la situación global y que, básicamente, tendía a denostar el imperialismo y enaltecer el socialismo, lo que equivalía a pronunciarse negativamente respecto a Estados Unidos y favorablemente frente a la Unión Soviética. Veremos que las intervenciones de los intelectuales latinoamericanos girarán en torno a estos dos ejes, enfatizando, por un lado, las nefastas consecuencias que el imperialismo norteamericano ha horadado en su “patio trasero”, y por otro, las posibilidades de paz, libertad y desarrollo que ofrece la URSS y su solidaridad internacional.

Editada en Moscú por el Instituto de América Latina (IAL) de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética, la revista *América Latina* aparece por primera vez en 1969, totalmente escrita en ruso. Solo desde 1974 la edición es bilingüe, lo cual es significativo pues denota la intención de que fuera leída en Hispanoamérica. Así la revista sigue mostrando a los soviéticos una imagen de América Latina, pero ahora esta imagen se devuelve y refleja una imagen de la propia URSS hacia el mundo latino. Es más, la edición en español permite que el hombre latinoamericano piense su continente bajo la óptica de la Unión Soviética, al tiempo que ésta se le aparece, según la imagen que quiere proyectar, como un Estado amistoso, culto y pacífico.

El director de la publicación durante casi todo el periodo consultado fue Sergio Mikoyán, avezado latinoamericanista; junto a él laboraba un director alerno de la edición en español, Juan Cobo³. El cuerpo de redactores estaba compuesto en su mayoría por latinoamericanistas soviéticos -historiadores, economistas, estudiosos de las literaturas, traductores-. La revista es de carácter académico aunque los artículos son de mediana extensión. Se refieren preferentemente a temas políticos de la

³ Aparentemente se trata de Juan Cobo Orts, español avecindado largo tiempo en Unión Soviética, que hacia 2002 volvería a residir en su patria. Ese año apareció un artículo suyo en un compilado sobre la actualidad rusa.

actualidad latinoamericana e internacional, poniendo énfasis en los países más problemáticos -Chile, El Salvador, Guatemala- y en los más auspiciosos -Cuba, Nicaragua-. En el terreno cultural abundan las entrevistas, los reportajes a eventos y actividades de intercambio, los homenajes a personalidades de la cultura, y los testimonios acerca de intelectuales de prolongada fidelidad a la causa soviética.

La aparición de los intelectuales latinoamericanos en la revista se verificó fundamentalmente a través de entrevistas. Fue lo que sucedió con escritores como Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, Miguel Otero Silva, Jorge Amado o Mario Benedetti. Además, autores como Ernesto Cardenal, Roberto Fernández Retamar, Lisandro Otero, René Zavaleta Mercado, Volodia Teitelboim o Gustavo Valcárcel colaboraron como articulistas en la revista.

EL EJE CONDUCTOR: EL ANTIIMPERIALISMO

En lo substancial es la condena al imperialismo el hilo conductor del discurso de los intelectuales latinoamericanos y de las preocupaciones de la revista referentes al campo cultural del continente. Ese imperialismo es enjuiciado desde el punto de vista artístico-intelectual-académico en dos sentidos: en uno se descifran y denuncian las estrategias que el imperialismo emplea para extender sobre el área cultural el dominio que ya ejerce en lo económico y político; en el otro, se le atribuye a la penetración cultural del imperialismo el poder de conquistar por una vía sutil y encubierta la conciencia de las personas. En otras palabras: la cultura es un fin en tanto es lo que el imperialismo quiere alcanzar para completar su poder; y es también un medio para consolidar y maximizar el ya logrado dominio económico y político. Ambas claves de interpretación conviven y no se niegan una a otra, fundamentalmente porque poseen una base común: conciben la cultura de un pueblo como el último bastión de resistencia al imperialismo. Un concepto asociado es “neocolonialismo”, que designa un nuevo estadio en la historia del imperialismo, en donde las nacientes naciones que se han sacudido el yugo colonial y político tras luchas liberacionistas más o menos traumáticas, han sufrido o empiezan a sufrir el neocolonialismo, que es más bien de orden cultural, y contra el cual se alzan los países del Tercer Mundo. Ahora la lucha es por la independencia cultural de los pueblos, y en esa lucha los artistas e intelectuales tienen mucho que decir.

El uso y abuso del término imperialismo puede a la larga parecer vago si no se le identifica con Estados con nombre y apellido. Lo cierto es que al emplearlo se está pensando generalmente en Estados Unidos, aunque a veces, en efecto, no se lo menciona. El imperialismo no es monopolio de EE.UU. ya que también se aplica a los países occidentales desarrollados en general, lo cual es más amplio, sin duda, pero insisto: el blanco principal está en Norteamérica. Y ello encuentra su contraparte en la exaltación de lo soviético, natural en una revista de las características que conocemos, pero no tanto en los intelectuales que en ella colaboran o figuran, quienes

le dedican a la URSS palabras que confeccionan una imagen de la superpotencia y que finalmente nos remiten a la particular lectura que una parte de la intelectualidad del continente articuló respecto a la situación mundial y, por ende, a la Guerra Fría.

Uno de los aspectos que más llaman la atención de la revista es la profusa cobertura que brinda al cine latinoamericano, como si le embargara la convicción de que juega un rol único dada su capacidad de impacto masivo, que lo diferencia del resto de las artes y que lo emparenta con los medios de comunicación de masas: el cine es arte y es medio de comunicación, y como tal su influencia en la sociedad es superior. A los cineastas se les abre en la revista un importante espacio que les permite explayarse sobre sus proyectos artísticos y sobre sus opiniones políticas y sociales, si es que cabe separar tales objetos. Seguir la voz de los cineastas es comprender la concepción de imperialismo según una perspectiva singular, según claves propias de ese arte, pero que encarna e ilustra ideas disponibles en todo el campo intelectual latinoamericano de entonces.

Los realizadores parecen tener claro el diagnóstico de los peligros que acechan a la cultura y al cine latinoamericanos, y también que es necesario reaccionar, que es un deber moral reaccionar. El gran enemigo es el cine norteamericano, utilizado por el imperialismo “como elemento de alienación cultural”, que goza de una difusión incontrarrestable en todo el mundo; un cine por esencia comercial y de dudosa calidad, calificado incluso como subproducto cultural. El brasileño Glauber Rocha lamenta la poderosa influencia de ese cine, que solo apunta al “control imperialista sobre la vida cultural del Brasil” y al que sucumben también el teatro y la música⁴. Es un control que ambiciona cambios profundos sobre la identidad de los pueblos y que “recurre a todos los medios a su alcance para introducir en la conciencia de los latinoamericanos la mentalidad de la ‘sociedad de consumo’”.⁵ Existe consenso al alertar sobre la manipulación que el cine ejerce sobre la conciencia social, tarea en la que no repara en escrúpulos: no duda en tergiversar la historia para mostrar una imagen sesgada de la realidad. Ni siquiera se salvan los dibujos animados, que son “con frecuencia un canto al gangsterismo, justifican el colonialismo y propagan el ‘modo de vida yanqui’”⁶.

La lucha de los cineastas es contra el cine norteamericano, pero en último término es contra la penetración cultural del imperialismo que amenaza de muerte a la cultura nacional y que es una natural consecuencia del dominio que ya conquistó en lo económico y político. La misión del cine es oponerse a este proceso. Para Rocha el

⁴ “Glauber Rocha acerca del cine latinoamericano”, *América Latina*, 1, 1977, p.176. Esta sería una de las pocas apariciones de Rocha en la revista, debido a ciertas aprensiones del brasileño respecto al régimen soviético. En el número 8 de 1989 (Tatiana Vétrova, “Un encuentro muy largamente esperado”) se hace un reconocimiento de esta falta a propósito de una retrospectiva de su cine montada en Moscú.

⁵ *Ibid.*, p.175.

⁶ Bikova, I., “El primero en América Latina”, *América Latina*, 4, 1980, p.99.

Cinema Novo, del cual es fundador, carece de sentido si no combate la explotación imperialista, si no se empeña en la descolonización de la cultura, si no se pone al servicio del pueblo. En el simposio que en el I Festival Internacional del “Nuevo Cine” Latinoamericano (La Habana, 1979) se abocó al tema surgió un programa de medidas para que los medios de comunicación “instruyeran a las masas” con el fin de anular los efectos perniciosos del cine comercial de Hollywood. En múltiples debates se determinó que uno de los males más enquistados en el cine latinoamericano era su insuficiente difusión, a tal grado que entre los propios latinoamericanos se desconocía la obra de unos y otros. Competir con el cine norteamericano era imposible mientras no cambiara el sistema de distribución: nació así la iniciativa de crear una especie de mercado común del cine latinoamericano. Menos concreto se manifestaba el cineasta chicano Jorge Penichet, para quien la gran tarea del cine era preservar la cultura nacional de los pueblos frente a la agresión y la reacción. Ante tamaña responsabilidad suscribía un enérgico llamado: “Los cineastas no pueden ver indiferentes cómo en el mundo, por culpa de las fuerzas más agresivas del imperialismo, existen focos de derramamiento de sangre, arbitrariedades y destrucciones”. Los valores intransables que deben perseguir las cinematografías latinoamericanas son la paz, el progreso social, la causa del bien y la justicia⁷. Vemos que los cineastas se sienten con un deber que cumplir, lo que se discute es cómo hacerlo. Así, Rocha apela a la fuerza transformadora de las imágenes, al arte sin más; otras voces claman por medidas tangibles que refuercen la estructura del cine continental; Penichet quiere sacudir conciencias y voluntades exhortando a un compromiso colectivo o “gremial”.

Quiero detenerme en las ideas que el cineasta cubano Pastor Vega entrega en una reunión de críticos soviéticos y cineastas latinoamericanos en el marco del XII Festival Internacional de Cine de Moscú (1982). Concordando en que los directores del continente comparten delicadas circunstancias y que es imperiosa la colaboración entre ellos, elabora una explicación más compleja de cómo funciona el imperialismo y su estructura de dominación al detectar su vital obsesión: “destruir la resistencia del latinoamericano, [para lo cual] necesita paralizar su capacidad de respuesta contra esa dominación y por lo tanto necesita tergiversar, necesita esconder todos aquellos rasgos que definen una entidad que nos diferencia de Estados Unidos”. Se presencia entonces una batalla por la conciencia y por la identidad asociada a ésta, donde no interviene el cine norteamericano como arte sino como medio de comunicación de masas, que simplemente irradia un subproducto de esa cultura. En cambio, el arte cinematográfico latinoamericano puede y debe ser un arma contra la penetración que actúe justamente como impulsor y sostén de la identidad cultural nacional. La efectividad del cine ha quedado demostrada, asegura, con la violenta represión que las burguesías nacionales y su socio, el imperialismo, dejaron caer sobre el cine de los sesenta y setenta, al cual “era necesario aplastarlo, era necesario hacerlo

⁷ Sujostat, A., “El caleidoscopio de Tashkent”, *América Latina*, 1, 1985, p. 77.

desaparecer como expresión auténtica de nuestras distintas culturas nacionales y ser latinoamericano”⁸.

El laureado director cubano Tomás Gutiérrez Alea entrega un diagnóstico de la realidad latinoamericana que sirve como telón de fondo para el resto de las ideas, más coyunturales, al aplicar su reflexión a un arco temporal más extenso, el de la posguerra y la Guerra Fría:

Nuestras riquezas materiales iban a parar [a mediados de siglo] a manos del único ‘amo’, supuestamente predestinado a mandar sobre nosotros, y este segundo yugo, neocolonial, parecía más difícil de eliminar porque no solo tenía la fuerza, sino también la cara recién lavada, por lo que podía esgrimir con eficacia relativa el arma propia de los fariseos. Nuestros valores espirituales eran suplantados sistemáticamente y la fatalidad histórica y geográfica caía como una lápida sobre nosotros⁹.

Esta interpretación tiene el mérito de encerrar e integrar muchas de las nociones -que hemos visto y seguiremos viendo- circulantes en la atmósfera de aquellos años. En ella se alude a la hegemonía de Estados Unidos, aunque no lo nombra, que cierne su sombra sobre una América Latina indefensa y a merced de este nuevo colonialismo que le arrebatara no solo sus riquezas materiales sino también sus valores espirituales al presentarse como un poder inofensivo, con una cara nueva, es decir, una imagen construida que se valió, probablemente, de un arsenal simbólico introducido por vía de la cultura. Por cierto, Gutiérrez Alea se cuelga -en lo económico- del pensamiento dependentista (tan bien explotado por Eduardo Galeano en sus **Venas abiertas de América Latina**, 1970), y sus asertos son más bien impresionistas, pero componen una síntesis muy elocuente.

Más elaborada es la visión -ya desde un punto de vista institucional- del escritor y ministro de cultura cubano Armando Hart, quien observa, hacia 1977, una confrontación ideológica a escala mundial en la cual la cultura ha pasado a ser decisiva. Uno de los polos del conflicto es Estados Unidos y su capitalismo, que el autor explica remontándose al siglo XIX y a la Doctrina Monroe. Desde entonces el imperialismo norteamericano ha querido imponer un protectorado político, ideológico y cultural sobre América Latina, pero se ha encontrado con una resistencia tenaz afincada en la creatividad de los latinoamericanos. La “civilización burguesa de los yanquis” no ha podido aplastar dicha creatividad; es que el capitalismo repudia el arte y solo lo tolera en función de sus intereses. Como consecuencia el progreso y riqueza cultural de las sociedades burguesas y desarrolladas se ha desmoronado, inclinándose ante los países socialistas, que han avanzado en lo ideológico al punto de instalar en la realidad internacional sus principios, en especial el de coexistencia pacífica de los pueblos, gestado en la Unión Soviética. Esta resonante victoria ha

⁸ “El cine latinoamericano: problemas del desarrollo”, *América Latina*, 4, 1982, p. 90 ss.

⁹ “Hablan los cineastas”, *América Latina*, 4, 1977, p. 176.

obligado al capitalismo a infiltrar en el orbe la desideologización y el “diversionismo” ideológico: la diversidad y el relativismo. En definitiva, es la “ideología científica del proletariado” la que se enfrenta a un neocolonialismo cultural diseñado para explotar la sociedad, los trabajadores y los pueblos. Es en el campo cultural latinoamericano donde se libra una batalla más dentro del conflicto, y lo que corresponde a los intelectuales y artistas del continente es luchar por la “descolonización cultural”, preservando la conciencia y generando los mecanismos capaces de batir la penetración imperialista en el plano ideológico¹⁰.

Capitalismo, imperialismo o neocolonialismo son términos de algún modo intercambiables -no definidos rigurosamente- que son opuestos a los de socialismo y pacifismo. Es la barbarie *versus* la cultura, concepto que a su vez será sinónimo de identidad, autenticidad y creatividad, o cultura popular, en definitiva, la única que servirá de antídoto contra el imperialismo. Ernesto Cardenal, poeta, sacerdote y Ministro de Cultura de la Nicaragua sandinista refrenda esta lectura maniquea cuando traza las metas de su ministerio:

Nuestra cultura tiene que ser *antiimperialista*. El imperialismo ha dividido al mundo entre explotadores y explotados y nosotros tuvimos nuestro lugar en esa división. Nuestro papel de pueblo liberado es luchar contra la agresión, junto con todos los demás pueblos liberados del imperialismo o en proceso de liberación¹¹.

Si la cultura es el antídoto es porque ya se han detectado los venenos que pone en circulación el imperialismo para cumplir con sus planes de dominación. La denuncia de las estrategias se transforma en un tópico recurrente entre los intelectuales como si fuera el primer eslabón de la cadena de resistencia. Para Juan Cobo, el director “latino” de la revista, el imperialismo se prodiga por penetrar la cultura latinoamericana e implantar el modelo de seudocultura de masas propio de EE.UU., barriendo, de paso, con los intelectuales, contra quienes dispensan un “odio instintivo, antihumanitario y reaccionario”. No vacila el imperialismo en restringir la educación a escala mundial deduciendo que una alfabetización masiva podría ser peligrosa. Los enemigos quieren erradicar y extinguir la cultura popular y autóctona, sirviéndose en primer lugar de los medios de comunicación. A través del monopolio de la información -de la “tiranía de las transnacionales”- se lanzan campañas de difamación ya sea contra Cuba, Nicaragua o la misma Unión Soviética, “deformando”, “tergiversando” y “distorsionando” la realidad. Se torna urgente desenmascarar las campañas de desprestigio, por eso el llamado a prepararse para el debate ideológico, y para la colaboración y unión de todos los intelectuales “honestos”¹².

¹⁰ Hart, A., “La cultura en la confrontación ideológica”, *América Latina*, 4, 1977, p. 53 ss.

¹¹ Cardenal, E., “La cultura de la nueva Nicaragua”, *América Latina*, 1-2, 1981, p. 41.

¹² Cobo, J., “Con quien están los maestros de la cultura latinoamericana”, *América Latina*, 2, 1982, p. 68 ss.

Las campañas aludidas también contemplan la utilización de métodos poco cristalinos. Armando Hart arremete contra aquellas pocas personas “con algún oficio artístico o artistas inventados que han abandonado el país”, aludiendo a los cubanos disidentes en el exterior¹³. Advierte contra las ofertas de la sociedad de consumo que tientan directamente a los intelectuales, un tema que prosigue Cobo cuando revela las conclusiones de los eruditos y teóricos de Reagan que recomiendan la coacción. Cita un documento secreto del Comité de Santa Fe que dice: “debe ser iniciada una campaña para capturar la ‘élite’ intelectual iberoamericana mediante radio, televisión, libros, artículos y folletos, más donaciones, becas y premios”¹⁴.

Mario Benedetti, en una entrevista a *América Latina* titulada “Es imposible matar la cultura”, distingue métodos más sutiles: “A veces los especialistas en penetración cultural de Estados Unidos usan los elementos eurooccidentales para penetrarnos culturalmente, porque saben que en los medios intelectuales de América Latina siempre es más seductor lo europeo que lo estadounidense”¹⁵. Más allá de lo atinada o no, la frase del uruguayo refleja el grado de suspicacia reinante y la convicción de estar librando una verdadera batalla de ideas.

Pero los intelectuales no se conforman con diagnosticar los peligros ni con detectar a los enemigos, sino que hacen un llamado a la acción asumiendo que tienen una responsabilidad moral para con los pueblos de América Latina. Las páginas de la revista fungirán como tribuna para las convocatorias y exhortaciones, y como caja de resonancia de declaraciones y mensajes.

Ante la realidad “ominosa y preapocalíptica” que impera, lo primero que se quiere establecer es la obligación de los intelectuales a intervenir, a no quedarse de brazos cruzados, porque ya no están en juego las reivindicaciones políticas y culturales sino la pervivencia misma de la humanidad: “Los intelectuales defendemos siempre el derecho a pensar, a escribir, a creer y a organizarnos como condición indispensable para la creación intelectual; pero lo que hoy está en juego es nada menos que el derecho a la vida”¹⁶. Así rezaba el perentorio llamado a la acción conjunta que reaccionaba a la decisión de la Casa Blanca de iniciar la producción de la bomba de neutrones y de poner en marcha la doctrina de guerra nuclear limitada, lo cual implicaba una amenaza seria de agresión contra países de América Latina. Había que defender a la especie humana, a todos los seres vivos y al planeta mismo, en palabras de Cardenal. Poco antes Manuel Otero Silva había sido igual de tajante respecto a los deberes del hombre de letras:

Yo creo que todo artista está obligado a defender la paz del mundo...Yo no llamo a

¹³ Hart, A., “Del horizonte nacional de la cultura al humano universal”, *América Latina*, 1, 1984, p. 29.

¹⁴ Cobo, J., Op. cit., p. 74.

¹⁵ “Mario Benedetti: ‘Es imposible matar la cultura’”, *América Latina*, 2, 1978, p. 175.

¹⁶ Cobo, J., Op. cit., p. 81.

gentes de otras convicciones a algo ya más de fondo, como es la lucha por el socialismo en que estamos empeñados otros. Pero aunque no se sea socialista, aunque no se tenga una ideología política determinada, aunque se sea apolítico, luchar por la paz es una obligación de todo hombre pensante de la humanidad¹⁷.

LA URSS EN OJOS LATINOAMERICANOS

El intelectual latinoamericano deja estampada en la revista una imagen, como es de suponer, muy positiva de la Unión Soviética, que remarca las diferencias respecto a Estados Unidos. Curiosamente es más abundante la reflexión crítica sobre los Estados Unidos que la laudatoria sobre la URSS; es decir que más que alabar el intelectual prefiere condenar. O tal vez la reflexión sobre uno y otro es similar en tamaño pero no en contenido debido a que sobre la URSS existe una especie de discurso canónico que no admite variaciones de peso y que en cambio es homogéneo y reiterativo, sin mayor elaboración. Acerca de los EE.UU., en cambio, la crítica es libre, espontánea y sin marcos que la sometan, queda entonces a discreción del escritor, más allá de que gire sobre ejes previamente establecidos.

Es la antítesis entre guerra y paz el principal recurso con que se quiere contrastar a una potencia de la otra. Ya vimos cómo se identificaba a Estados Unidos con la guerra, la intervención militar, la carrera armamentista, las agresiones, etc.; la Unión Soviética es lo opuesto, es el paladín de la paz en el mundo entero. No solo le interesa mantener fría la Guerra Fría con Estados Unidos, sino también la paz y la concordia entre todos los países del mundo. Los intelectuales de América Latina, a la hora de irradiar su visión de la URSS, insistirán sobre todo en este punto, aunque no únicamente en él.

En la pugna capitalismo/comunismo la Unión Soviética ha conseguido superar a Estados Unidos al instalar en el plano internacional el concepto de coexistencia pacífica de los pueblos, demostración de que se está ganando la batalla ideológica, logro que pertenece a todos los países socialistas. El cubano Juan Marinello, hablando para *América Latina* (edición rusa, 1972), sentenciaba que “el poder soviético es invencible y significa la más firme garantía para la libertad de los pueblos y el aseguramiento de la paz”¹⁸. Pero la paz no es obra de las cúpulas de poder, como podría pensarse, sino del pueblo soviético entero, un pueblo amante de la paz que no puede separarse del poder -también es el poder- y que se compromete con las políticas internacionales que llevan a cabo sus representantes. Es por ello que Hart releva que en la URSS todo se hace por el bien del hombre.

Pero para entender la situación actual había que remontarse mucho tiempo,

¹⁷ “Miguel Otero Silva: ‘...El compromiso social del artista es luchar por la paz en el mundo’”, *América Latina*, 12, 1980, p. 91.

¹⁸ Entrevista a Juan Marinello, *América Latina*, 4, 1977, p. 92.

hasta la misma Revolución Rusa, donde se hallaban los cimientos del pueblo que es hoy el bastión de la paz. Los intelectuales se encargan de recordar aquel momento fundacional. Consultado Miguel Otero Silva acerca de qué quisiera transmitir a los lectores latinoamericanos, soviéticos y de otros países, declara primero que todo su admiración por la URSS, para luego glorificar su revolución, la más grande de la historia, que transformó la marcha del tiempo y el pensamiento mundial¹⁹. Mas aquí también se aprecia la voluntad de hacer extensivo el homenaje tradicional de los grandes líderes -Lenin sobre todo- al pueblo ruso entero, a un pueblo heroico y abnegado que construyó el sistema más justo de la historia, el sistema fundador de la civilización socialista, en palabras de David Alfaro Siqueiros²⁰. Mario Benedetti se expresa en esos términos cuando afirma que “el pueblo soviético [defendió] la alta dignidad humana que le dio el socialismo, o mejor dicho, la dignidad que obtuvo el mismo pueblo al emprender el camino socialista”²¹.

Otro criterio empleado para certificar la superioridad soviética es el cultural. Hart enraíza dicho predominio en la fuerza ideológica del marxismo leninismo, base del desarrollo cultural soviético que es el mayor de la historia en relación al tiempo empleado. La vanguardia en la ciencia, la técnica, la educación y el arte ha determinado que el soviético sea el país “más culto de la tierra”. Incide decisivamente en ello -y esto es lo más meritorio- el éxito alcanzado al integrar las culturas de pueblos a veces tan contrastantes como son los que constituyen la Unión Soviética²².

Lo anterior da pie para anhelar que un proceso de integración como el soviético sea aplicado en América Latina, aprovechando las coincidencias culturales entre las naciones que la conforman. El cineasta cubano Julio García Espinoza emprendió la filmación de un documental justamente sobre la URSS y sus pueblos como una forma de inspirar a los latinoamericanos en esa dirección, y así secundar a los soviéticos en el camino hacia el cumplimiento de un sueño universal: que la Tierra sea una gran familia de pueblos libres, tal como en “la sexta parte” del planeta, como se llama poéticamente a la URSS. García va un poco más lejos cuando sugiere la aparición del hombre nuevo: “Hoy en la humanidad ha surgido un nuevo fenómeno desconocido, un nuevo hombre, que es el soviético...Un hombre que puede ser de cualquier nacionalidad, pero al mismo tiempo soviético”²³.

Como decía, las páginas de la revista no dejan traslucir críticas o siquiera insinuaciones sobre el sistema socialista, pero si atendemos a aquello que los

¹⁹ “Miguel Otero Silva...”, Op. cit., pp. 97-98.

²⁰ Sichev, S., “Glorificar el mundo. en recuerdo de David Alfaro Siqueiros”, *América Latina*, 3, 1984, p.81 (palabras al recibir el Lenin de la Paz en 1967).

²¹ Semionova, I., “¡Uníos, como estamos aquí los victimados, para que jamás pueda quemarse otro Jatín!”, *América Latina*, 5, 1985, p. 39.

²² Hart, “La cultura...”, Op. cit., p. 53 ss.

²³ “Hablan los cineastas”, *América Latina*, 4, 1977, p. 184.

intelectuales no dicen, o sea, lo que no elogian, podemos esbozar alguna sospecha. Es notable la ausencia de consideraciones económicas, aun aceptando que no es una materia donde los intelectuales se sientan cómodos. Tampoco son frecuentes las alusiones al arte soviético contemporáneo, el tristemente célebre realismo socialista. Al margen que desde distintas ópticas sea alabado, no se observa la convicción ni el entusiasmo que otras áreas de la realidad soviética provocan. El propio Otero Silva se ve en la necesidad de defenderlo, aduciendo que no ha sido bien comprendido. Con todo, mediante este ejercicio no podemos avanzar más que eso, sobre todo porque es imposible asegurar que todo lo dicho por el intelectual haya sido transcrito íntegramente en la revista.

LOS HÉROES DE LA INTELLECTUALIDAD LATINOAMERICANA

La lectura de la revista va decantando un reducido y exclusivo grupo de intelectuales latinoamericanos que verdaderamente conforman un panteón cultural que refleja un perfil o modelo de intelectual. Emergen así nítidamente los nombres de los escritores Pablo Neruda, Nicolás Guillén, Jorge Amado, Miguel Otero Silva y Luis Cardoza y Aragón; el del pintor David Alfaro Siqueiros y el del arquitecto Oscar Niemeyer.

Es una presencia constante en la revista la rememoración del pasado reciente con el fin de homenajear a las figuras que más han destacado en la articulación de lazos entre Latinoamérica y la URSS. Casi conforma una sección regular esta retrospectiva, la cual adopta diversos formatos. Uno de ellos es la entrevista directa a los intelectuales, que persigue registrar los episodios culminantes de sus vidas en relación a la lucha por el socialismo desde un plano biográfico y anecdótico, aunque no por ello menos épico. Es frecuente también el testimonio que entregan redactores o traductores ligados a la revista acerca de las experiencias compartidas con un determinado intelectual. Otro recurso es el reportaje a la trayectoria, vida y obra de los intelectuales, que pone el acento en aquellos momentos de definición en que era imperativo alzar la voz y comprometerse. La reproducción de memorias, testimonios y cartas personales escritas por el propio intelectual, es un formato también empleado. Un elemento común es la aparición de fotografías que muestran preferentemente al intelectual rodeado de amigos soviéticos y en ceremonias de premiación u homenaje.

Se constituye pues un conjunto de artículos y documentos que diseñan un perfil del intelectual progresista y comprometido, una suerte de modelo que es preciso publicitar como una manera, quizás, de entusiasmar a las nuevas generaciones. Rescatar y recuperar ese pedazo de memoria sería una especie de exhortación que la revista eleva con el ánimo de agradecer y reconocer, pero también de sensibilizar a los lectores, especialmente los latinoamericanos, y a los herederos o posibles herederos de aquellos intelectuales de antaño.

Si seguimos los datos biográficos que se reiteran es posible reconstruir un “itinerario” ideal del intelectual comprometido compuesto por los hechos que no pueden faltar en la vida de los héroes. La militancia en los partidos comunistas de la nación correspondiente aparece como la piedra angular que determina la futura ejemplaridad del personaje; es la base desde la cual se puede crecer y aportar a la causa socialista soviética. Niemeyer, Neruda, Amado, Guillén y Siqueiros son desde jóvenes militantes reconocidos.

En algún momento de sus vidas han sufrido la persecución política -pasajes que gozan de un sitio de honor en las crónicas de la revista- y el exilio o destierro, al igual que tantos héroes clásicos. De Neruda se narra su huida de Chile al declararse la ilegalidad del Partido Comunista. El, en ese entonces, senador del PC cruzó la cordillera e ingresó a Argentina, desde donde se embarcó a Europa, todo en la clandestinidad. Niemeyer no solo partió al exilio, sino que fue privado de visa por Estados Unidos cuando se dirigía a dar unas conferencias, convirtiéndose en víctima del poder nacional y del poder norteamericano, algo muy bien ponderado. Otero Silva y Amado fueron a su vez desterrados.

Se informa acuciosamente de todos los congresos alrededor del mundo en que intervinieron, ya sea en calidad de militantes comunistas en los Congresos del PCUS, o en calidad de intelectuales en los congresos por la paz –u otras denominaciones parecidas-. La gran cantidad de kilómetros recorridos que implica lo anterior, sumado a las bitácoras que emprendieron al visitar innumerables países y al buscar un nuevo hogar tras el exilio, son tópicos que para una revista siempre es grato presentar, pero además le imprimen al intelectual un aire aventurero, rebelde y universal (o internacionalista, según el lenguaje de la época). La amistad que por lo general unía a los héroes es otro elemento que se recupera, tal vez como una forma de exaltar los valores de compañerismo y solidaridad.

Más tarde o más temprano, los más selectos intelectuales comunistas eran galardonados con el Premio Internacional Lenin (ex Stalin) Por el Fortalecimiento de la Paz entre los Pueblos, entregado por la Unión Soviética. Las ceremonias podían celebrarse en suelo soviético o en la patria de los festejados y eran motivo de discurso. David Alfaro Siqueiros, al recibir el Lenin en la embajada soviética en México (1967), contó que no podía imaginarse recompensa más honorífica que este premio proveniente del país que es ejemplo para el mundo en la lucha por la paz, agregando que quisiera compartirlo con todos sus compatriotas y habitantes del planeta que como él y la URSS luchaban por la paz. De hecho, el monto del premio lo dona al pueblo vietnamita, por su heroísmo y sed de paz. Otero Silva, a su turno, enseña su euforia cuando reconoce que prefiere este premio al mismísimo Nobel de Literatura.

Una conducta no es ejemplar si se contenta con el apoyo moral o intelectual. Hay que actuar, hacer cosas, provocar los cambios, comprometerse prestando su

nombre y su presencia física; por eso viajan, asisten a eventos, se fotografían. La revista se esmera en enaltecer, en especial, aquellas realizaciones tendientes a fomentar las relaciones culturales entre la URSS y los países de Latinoamérica.

El arquitecto brasileño Oscar Niemeyer es quizá quien mejor responde al perfil arquetípico del intelectual, pues condensa la mayoría de los rasgos descritos recién. Ya en 1960 tenía bastante claro su camino: “comprendíamos que la única salida para nosotros era la participación personal en los movimientos progresistas, las acciones por un futuro provechoso”²⁴. Su convicción lo había llevado a abanderizarse con la Unión Soviética desde temprano, liderando, por ejemplo, el Instituto de Relaciones Culturales “Brasil-URSS” en Río de Janeiro. Como testimonio de su lealtad con la revolución de octubre se realiza un artículo escrito en el destierro, hacia 1965, de solidaridad con la URSS, que fue transmitido a Brasil por Radio Moscú. Desde su condición de artista no dudó en encomiar la arquitectura soviética -tan desdeñada- por el hondo humanismo que la guiaba; en otra ocasión afirmó que “el lugar del arquitecto marxista está en Moscú”. Niemeyer desborda además la dimensión nacional y continental de su vocación internacionalista para abrir el horizonte al Tercer Mundo mediante la gestación de una escuela superior de arquitectura en Argelia, con el auspicio del gobierno local. En unas palabras pronunciadas en 1974 para una revista francesa, Niemeyer se revela como un héroe épico, trágico, idealista y melancólico; palabras, pienso, que coronan el espíritu que la revista quería rescatar:

Yo pienso siempre en mi lejano Brasil, en esta América Latina que sufre y se agranda como una fuerza de la naturaleza, que asiste revuelta al crimen contra Allende, viendo con tristeza que el canto de protesta y amor de nuestro hermano Neruda ha enmudecido. Nos queda, felizmente, una esperanza. Y también la certidumbre de que la vida va a cambiar, que el mundo mejor con el que hemos soñado siempre, está predestinado por la historia²⁵.

CONCLUSIÓN

Conforme avanza la década de 1980 la revista experimenta transformaciones directamente relacionadas con los acelerados cambios que la Unión Soviética deja ver a un mundo estupefacto. El clima confrontacional y parcial cede paso a un ambiente cultural fresco y oxigenado que permite la presencia de viejos amigos caídos en desgracia -Mario Vargas Llosa-²⁶, homenajes a personalidades largamente

²⁴ “Con la ilusión puesta en la ciudad amiga”, *América Latina*, 2, 1978, p. 152.

²⁵ *Ibid.*, p. 156.

²⁶ “Encuentro en Lima”, *América Latina*, 4, 1989. Entrevista al peruano por Yuri Pokalchuk. Consultado por la perestroika, sostiene que la sigue “con mucho interés, con sorpresa y con esperanza. Si ese movimiento significa no solo apertura de la Unión Soviética hacia el resto del mundo y una política de coexistencia pacífica, sino una genuina democratización del socialismo, creo que sería una gran cosa para la humanidad y para los países que no son socialistas y no quieren ser socialistas. Pienso que eso establecería un proceso de acercamiento muy grande,

postergadas -Glauber Rocha-, o espacio a figuras hasta entonces silenciadas -Octavio Paz-²⁷. Debemos consignar que desde principios de los ochenta se había manifestado otra transformación, más sutil: la progresiva disminución de los temas culturales y artísticos, en contraste con la acentuación de las materias económicas y geopolíticas. En total, los intelectuales latinoamericanos verán menguada su presencia en la revista y, de esa manera, su participación en la Guerra Fría se irá apagando (tal como ocurriría con la propia Guerra Fría). Quedaban atrás años de colaboración entre los intelectuales y la Unión Soviética, al alero de una revista que no puede ser comprendida -tanto en su creación como en su desarrollo- prescindiendo de esa Guerra Fría cultural que le sirvió de base y de sustento.

una garantía para la paz y estoy seguro que traería, pues, enormes beneficios a todos los ciudadanos de la Unión Soviética” (p. 68).

²⁷ En el número 10 de 1991 se publica una entrevista inédita a Octavio Paz realizada en 1986.